

# ABC Cultural

Número 358

8 octubre 1998

Felipe II:  
El imperio  
de la mirada

La cuenta  
atrás del  
Liceo de  
Barcelona

Aniversario de *El espíritu de la colmena*

Cartas de dos mundos:  
Benjamin/Adorno, Arendt/McCarthy

# Las vidrieras de Hoyuelos

**A** comienzos de febrero de 1973, un equipo de cineastas se adentraba por las calles de Hoyuelos, un pequeño pueblecito agricultor situado al oeste de la provincia de Segovia, sobre las áridas llanuras trigueras de la meseta castellana. Tan sólo vivían allí 230 vecinos, pero las casas se ordenaban alrededor de un suntuoso palacete, propiedad de los Marqueses de Lozoya, cuyos balcones lucían unas llamativas vidrieras con forma de celdilla de colmena: un elemento decorativo que, sin embargo, galvanizó enseguida la atención de los hombres del cine.

Y no era para menos. Habían llegado hasta allí para situar en aquel paraje una historia que pretendían contar con imágenes, y ésta llevaba por título *El espíritu de la colmena*. Como sucede muchas más veces de lo que se piensa, la realidad imitaba y se adelantaba a la ficción: un viejo caserón envuelto en vidrieras con ese dibujo iba a convertirse en el centro de una película que habría de terminar hablando, en clave metafórica, de esa colmena cerrada, aislada del tiempo y de la geografía exterior, que era la España de los primeros años cuarenta.

**E**L hallazgo de aquellas vidrieras potenció, a su vez, la imaginación de los cineastas. El director de fotografía (Luis Cuadrado) encargó entonces a su padre, que era constructor y restaurador de vidrieras para catedrales, unos cristales para las ventanas con la misma forma que los originales, pero con una tonalidad cromática específica, de tal manera que la luz filtrada por ellos entrara en las instancias de la casa con ese color miel que habría de convertirse después, sobre la pantalla, en una seña de identidad fundamental para la película.

Unas vidrieras y un color que

coincidían, a su vez, con los que Víctor Erice y el propio Luis Cuadrado, junto con Elías Quejeto (productor del film), estaban utilizando como referencia pictórica. En numerosos cuadros pintados por Vermeer de Delft se puede observar, de hecho, la reiteración con la que el famoso pintor neerlandés del siglo XVII utilizaba la luz lateral casi siempre de tonalidades crepusculares para iluminar sus interiores a través de vidrieras que tienen, en algunos casos, la misma forma que las celdillas de Hoyuelos.

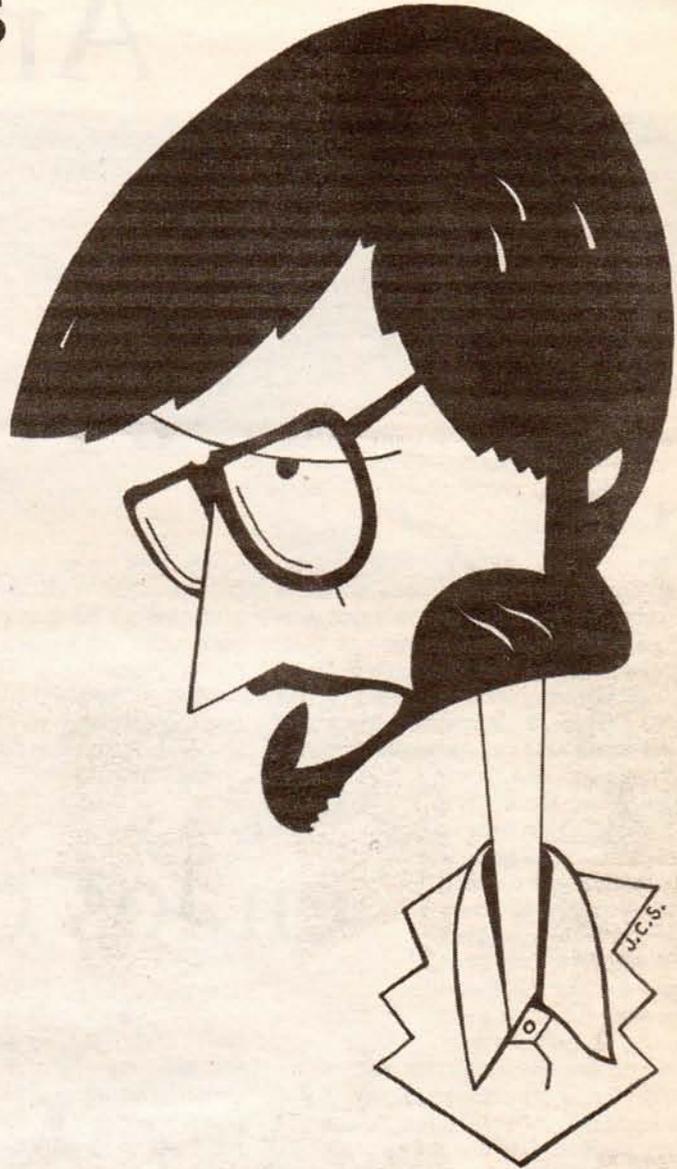
**E**SA misma composición puede encontrarse, efectivamente, en algunos planos de *El espíritu de la colmena* (Teresa tocando el piano, Teresa escribiendo, Teresa con el médico...) en los que Luis Cuadrado y Víctor Erice traducen a términos fílmicos de tiempo y de movimiento la puesta en escena estrictamente bidimensional a la que el pintor trataba de conferir profundidad con su tratamiento de la luz. Una luz con la que los cineastas, por su parte, consiguen esculpir y dar forma a esa atmósfera de aislamiento y de soledad (como sucede también en los cuadros de Vermeer), de incomunicación y de derrota, en la que viven y respiran los protagonistas de su ficción.

Las vidrieras de Hoyuelos y el color de la luz que filtraban se convirtieron así en un poderoso y expresivo símbolo de ese tiempo detenido, hecho de vacíos y de silencios, de ausencias y de sombras, que exploran y rastrean las imágenes del film. Un tiempo cifrado y lírico, materia verdadera de una película que hundía sus raíces en lo más hondo de la experiencia biográfica de sus autores, en lo más íntimo de su memoria personal, pero que absorbía de la realidad física en la que tomaban cuerpo sus imágenes (ese pueblo aislado y perdido en el páramo castellano, ese pala-

cete decadente aislado en medio de un pueblo minúsculo, esas vidrieras que encerraban los secretos del caserón en una colmena simbólica) la materialidad rugosa, el misterio escenográfico y la luz envolvente de su geografía visual.

**L**A España de treinta años atrás, hundida en la amargura y el silencio de la posguerra impuesta por los criminales, resonaba así todavía en las calles, las piedras y las vidrieras de Hoyuelos cuando Víctor Erice rodaba allí mismo, y en sus alrededores, *El espíritu de la colmena*. Las mismas calles, las mismas piedras y las mismas

vidrieras que ahora, veinticinco años después, pueden verse todavía en aquel pueblo: basta con acercarse a ese solitario y abandonado caserón, por el que Ana Torrent paseaba su mirada indagadora desde la pantalla, para tropezarnos de nuevo con aquellas inolvidables celdillas de cristal, ahora polvorientas, rotas y desvencijadas, pero sujetas aún por los marcos de sus ventanas, a cuyo través sigue penetrando una luz de silencio y de soledad. La realidad y el tiempo conservan las huellas de un espíritu que sigue viviendo en las imágenes de la película.



Víctor Erice